

Los flujos migratorios plantean nuevos desafíos para Europa

Tomasa Rodrigo

Cat. económica (España)

La gran oleada de flujos migratorios que estamos viviendo tiene pocos precedentes desde la Segunda Guerra Mundial, tanto en magnitud como en gravedad, y plantea grandes desafíos para el Viejo Continente. De acuerdo con estimaciones oficiales, el número de refugiados que habría entrado en la Unión Europea desde comienzos de año supera los 500.000. Una cifra que casi duplica la registrada durante todo 2014 y que podría superar los 900.000 al acabar el año. El origen de estos movimientos migratorios es múltiple, pero el destino es común: los países ricos de Europa occidental. Las principales rutas de entrada abarcan desde el norte de África a Oriente Medio y los países del centro de Asia.

En un principio, estos flujos migratorios procedían de conflictos congelados en el tiempo, como es el caso del conflicto de Afganistán y Somalia. La caída de las barreras que hasta hace unos años suponían los regímenes totalitarios del norte de África para los emigrantes subsaharianos aceleró el éxodo de estos hacia Europa, pero ha sido el frente migratorio oriental el verdadero desencadenante de la tragedia. La guerra civil en Siria, el conflicto de Yemen y el avance del Estado Islámico (EI) en la zona han generado graves consecuencias humanitarias que han obligado a familias enteras a huir a Europa en busca de una vida mejor. En menor medida, los conflictos latentes de Ucrania, el Cáucaso y los Balcanes han contribuido a agravar aún más la situación.

La primavera árabe como detonante

La crisis de refugiados que estamos viviendo es algo más que una colección de desastres humanitarios individuales. Hay un elemento común en muchos de ellos que ha sido el principal detonante del drama, la Primavera Árabe. La oleada de protestas en contra del gobierno y a favor de la democracia que irrumpió en Oriente Medio y norte de África en 2011 ha incrementado sustancialmente la inestabilidad y el malestar social en la zona, desencadenando un éxodo migratorio sin precedentes en las últimas décadas.

Durante años, la Unión Europea ha logrado mantener sus fronteras libres evitando la llegada de refugiados en cantidades masivas, tras el acuerdo con el gobierno del dictador libio Muamar el Gadafi para evitar que los inmigrantes que viajaban en barcos desde Libia llegaran a las costas europeas. Gadafi ayudó a detener flujos masivos de inmigrantes a Europa, aunque con métodos cuestionables en la mayoría de los casos, y mantuvo el continente europeo tranquilo con sus fronteras libres de problemas.

Durante la Primavera Árabe, la población se reveló contra Gadafi. Libia se derrumbó en el caos y se abrió una nueva ruta a través del país que dio la oportunidad a miles de refugiados de toda África para utilizar las costas libias como plataforma de paso para el viaje a Europa a través del Mediterráneo.

Al mismo tiempo, la Primavera Árabe contribuyó a desencadenar la guerra civil de Siria, el conflicto en Yemen y, finalmente, el auge del EI en Siria, Irak y su posterior expansión a los países vecinos. A principios de 2012, las protestas en Siria ya se habían convertido en un conflicto armado que ha provocado el éxodo de cuatro millones de personas, casi una quinta parte de su población. Mientras tanto, el grupo extremista sunita conocido como Al Qaeda en Irak, que había sido prácticamente derrotado en 2007, aprovechó la fragilidad de la situación para reconstruirse bajo el nombre de Estado Islámico, ocupando gran parte de Siria e Irak y sembrando el terror en la zona.

El éxodo masivo de población generado por el conflicto sirio ha tenido como principal destino los campamentos de países vecinos como Turquía, Líbano y Jordania. Estos puntos han sido los principales receptores de inmigrantes sirios y sus centros habilitados para refugiados se han visto desbordados y con financiación insuficiente, empujando a muchos de ellos a buscar una vida mejor en Europa, utilizando la ruta marítima del Mediterráneo y poniendo en tela de juicio el sistema de ayuda humanitaria internacional.

Por otro lado, aquellos emigrantes que provienen de Eritrea, Nigeria y Somalia están utilizando cada vez más las rutas magrebíes que se han abierto tras la Primavera Árabe, alcanzando primero el sur de Europa -camino de los países ricos de Europa central y septentrional, como Alemania o Suecia-, donde se han cuadruplicado las solicitudes de asilo este año.

Retos y oportunidades de la emigración

El desplome de los precios de las materias primas, la aún abierta brecha de inestabilidad del Magreb y la baja probabilidad de derrota del EI en el corto plazo apuntan a que la situación está aún muy lejos de solucionarse.

Aparte del incalculable coste humanitario, el fenómeno es tremendamente complejo y supone un gran desafío para Europa, con importantes consecuencias económicas, políticas y sociales.

En el corto plazo, la lenta recuperación económica en el Viejo Continente y los lastres que la crisis ha dejado en el mercado laboral de muchos países europeos suscita la competencia entre los trabajadores nativos y los recién llegados, pudiendo tensar la situación. No obstante, es cierto que en la mayoría de los casos, estos inmigrantes se dedican a realizar trabajos que los nativos no quieren, complementando así el gap laboral entre oferta y demanda. Además, su llegada contribuirá a aumentar la demanda interna de bienes y servicios, que a su vez favorecerá el crecimiento de las empresas en el medio plazo y, con ello, la contratación de nueva mano de obra.

En el largo plazo, el efecto positivo parece más claro. El perfil generalizado de estos refugiados es de gente joven, niños y adultos en edad de trabajar, en gran parte cualificados, que huyen de la guerra o adversidades de su país de origen y que pueden suponer un alivio al problema del envejecimiento en Europa. La disminución de la población activa en Europa plantea una grave amenaza para el modelo económico. Además, está envejeciendo y en un futuro próximo, comenzará a reducirse, introduciendo importantes dificultades fiscales a sus economías. La inmigración, si bien es cierto que no puede revertir el proceso de cambio demográfico, puede ayudar a mitigarlo y aliviar sus efectos.

Frente a los beneficios económicos que pueden plantear estos flujos migratorios, no se puede descartar la aparición de nuevas tensiones que alimentarán el descontento político y social en Europa, generando brechas de inestabilidad hasta ahora inexistentes.

Al mismo tiempo, la llegada de refugiados exige grandes cambios en sectores como la vivienda y la educación, que plantean importantes desafíos al sector público y exigirán reformas políticas y jurídicas en los países de destino, para garantizar la seguridad y estabilidad social.

Por ello la inmigración abre para Europa una serie de retos y oportunidades que pueden dar lugar a un juego de suma cero. Será la capacidad de la misma para hacer frente a la nueva situación la que determinará el resultado final. Para que el efecto neto sea positivo, la respuesta europea ha de ser coordinada y equilibrada en el tiempo, por las razones señaladas previamente. A corto plazo, la combinación de un número creciente de emigrantes y la delicada situación económica suponen un problema complejo de difícil solución; pero a largo plazo, la UE se enfrenta a un problema de envejecimiento severo que debe afrontar para frenar la pérdida de relevancia económica y geoestratégica. Una respuesta eficaz, coordinada y conjunta que enfrente los problemas de corto plazo, pero que ayude a resolver la débil posición demográfica de la vieja Europa, se convertirá en uno de los grandes retos de coordinación en el Viejo Continente para los próximos años.

Dificultades en la Unión

Hasta ahora se han organizado varias cumbres extraordinarias para afrontar la situación y dar una solución a la crisis, aunque ninguna de ellas con demasiado éxito. Los primeros pasos se dieron en la conferencia organizada en Berlín el pasado año, donde se aprobó un Plan Regional de Refugiados y Resistencia para 2015-16, seguido del programa Tritón, orientado a gestionar las fronteras; pero hasta el momento no ha habido una solución eficiente y conjunta a la crisis, solo respuestas parciales.

Las últimas semanas han sido claves en la trayectoria europea en la crisis migratoria. La Unión parece

haber dado un giro a su postura frente a la crisis. En una de las cumbres extraordinarias celebradas en septiembre, Europa ha pasado de discutir cómo se podría dar cabida a la afluencia de refugiados, a frenar ese flujo y restringir su entrada en el bloque continental. En los próximos días se pondrán en marcha dos tipos de políticas de inmigración para gestionar la crisis, unas destinadas a distribuir equitativamente los migrantes a través de los estados miembros y otras orientadas a reducir el número de solicitantes de asilo que se dirijan a Europa en primer lugar.

Tras numerosas adversidades encontradas en el camino, la comisión finalmente ha conseguido aprobar la implementación del sistema de cuotas obligatorio que pretende aceptar 120.000 refugiados en dos años (66.000 refugiados este año y los 54.000 restantes el año que viene) y redistribuirlos dentro de la región. La controvertida medida ha sido aprobada por mayoría. La negativa de Hungría, República Checa, Eslovaquia y Rumanía ha impedido el respaldo político unánime a la medida, cuestionando el liderazgo de Europa y el mapa geopolítico europeo.

Para contener la afluencia de solicitantes de asilo, se introducirán nuevos controles fronterizos que ponen en vilo la sostenibilidad del Acuerdo de Schengen, por el cual se suprimieron los controles en las fronteras interiores de los países miembros y que fomentó el auge de otro tipo de inmigración dentro de Europa, la inmigración económica. La reciente crisis también provocó un cambio demográfico dentro del continente europeo, pero con características muy diferentes a la inmigración política actual. En este caso se caracterizó por grandes flujos de ciudadanos europeos que, afectados por la crisis, se trasladaron de su país de origen, principalmente de los países periféricos, a otros Estados miembros en busca de trabajo.

La reforma del sistema de asilo hacia una política común también será clave para combatir el problema. Por el momento, los países de la Unión Europea obedecen al llamado Reglamento de Dublín, que exige a los refugiados permanecer en el primer país europeo al que llegan hasta que se procesan sus solicitudes de asilo. En teoría, esta regla pretende prevenir solicitudes dobles en diferentes países de la UE hasta que uno de ellos finalmente la aprueba. Sin embargo, en la práctica se trata de una regla que ha atrapado a miles de refugiados en las costas europeas de Grecia e Italia, y en menor medida de España, simplemente porque son los países con más fácil acceso a través del Mediterráneo en un momento económico complicado para todos ellos. Durante años, la UE ha estado luchando para armonizar la política de asilo, pero la dificultad de aunar intereses de los Estados miembros, cada uno con su propia fuerza policial y judicial, ha impedido alcanzar el objetivo.

Las dificultades de la Unión Europea para actuar conjuntamente y llegar a una solución global ponen en tela de juicio los principios de la solidaridad, la igualdad y la libertad que la definen. Por ello la UE está obligada a fijar una posición firme para abordar el problema y tomar la iniciativa en lugar de dar pasos hacia una trayectoria aún sin definir, alentando así esta tragedia humana. Los sistemas de alerta temprana han funcionado y se ha avanzado en la dirección correcta, pero queda mucho por hacer. Habrá que seguir aunando esfuerzos.

El presente documento, elaborado por el Departamento de BBVA Research, tiene carácter divulgativo y contiene datos, opiniones o estimaciones referidas a la fecha del mismo, de elaboración propia o procedentes o basadas en fuentes que consideramos fiables, sin que hayan sido objeto de verificación independiente por BBVA. BBVA, por tanto, no ofrece garantía, expresa o implícita, en cuanto a su precisión, integridad o corrección.

Las estimaciones que este documento puede contener han sido realizadas conforme a metodologías generalmente aceptadas y deben tomarse como tales, es decir, como previsiones o proyecciones. La evolución histórica de las variables económicas (positiva o negativa) no garantiza una evolución equivalente en el futuro.

El contenido de este documento está sujeto a cambios sin previo aviso en función, por ejemplo, del contexto económico o las fluctuaciones del mercado. BBVA no asume compromiso alguno de actualizar dicho contenido o comunicar esos cambios.

BBVA no asume responsabilidad alguna por cualquier pérdida, directa o indirecta, que pudiera resultar del uso de este documento o de su contenido.

Ni el presente documento, ni su contenido, constituyen una oferta, invitación o solicitud para adquirir, desinvertir u obtener interés alguno en activos o instrumentos financieros, ni pueden servir de base para ningún contrato, compromiso o decisión de ningún tipo.

Especialmente en lo que se refiere a la inversión en activos financieros que pudieran estar relacionados con las variables económicas que este documento puede desarrollar, los lectores deben ser conscientes de que en ningún caso deben tomar este documento como base para tomar sus decisiones de inversión y que las personas o entidades que potencialmente les puedan ofrecer productos de inversión serán las obligadas legalmente a proporcionarles toda la información que necesiten para esta toma de decisión.

El contenido del presente documento está protegido por la legislación de propiedad intelectual. Queda expresamente prohibida su reproducción, transformación, distribución, comunicación pública, puesta a disposición, extracción, reutilización, reenvío o la utilización de cualquier naturaleza, por cualquier medio o procedimiento, salvo en los casos en que esté legalmente permitido o sea autorizado expresamente por BBVA.